

# DESDE LA ATALAYA

Los diplomáticos reunidos en Nueva York, primero, y en Washington últimamente, después de parsimoniosas y prolongadas conferencias, han optado, interpretando los sentimientos de los pueblos que representan, por dejar de obstruir a la Revolución mexicana, convencidos sin duda de lo inconveniente que hubiera sido el continuar oponiéndole dificultades.

Una vez más la voluntad del pueblo se ha impuesto, desbaratando los maquiavélicos planes que maquinaban en la sombra sus eternos enemigos.

Y este hecho, en el cual algunos sólo ven una combinación diplomática, o una maniobra política, para nosotros significa algo más que todo esto. Significa el triunfo del progreso sobre la reacción; de las ideas modernas sobre los sistemas arcaicos; de la razón sobre la iniquidad.

Porque es preciso fijarse en la enormidad de los intereses creados, que se levantaban, como barrera infranqueable, ante los anhelos populares; y es necesario también observar los titánicos esfuerzos que la reacción ha hecho, y está haciendo para salvarse del aniquilamiento que la amenaza, para comprender la colosal importancia que este triunfo representa para las ideas modernas.

En la historia universal, pocas victorias tan completas, como la que acabamos de alcanzar, se han logrado.

Y no se crea que exageramos.

Del árbol genealógico de los pueblos, dos ramas se destacan y rom-

pen la monotonía del amodorrado conjunto.

La maravillosa Grecia, que brilló como un sol entre las civilizaciones antiguas, y la Revolución Francesa, que tomando la enciclopedia por antorcha, ahuyentó, junto con las tinieblas, los fantasmas de un pasado tenebroso.

Sólo estas dos cumbres del progreso humano, representan más trascendentales éxitos, aunque no más rotundas victorias.

Porque de la aureola que nimbó la civilización griega, sólo nos queda el recuerdo, venerado y querido, no cabe duda, pero sin que su prestigio haya dado al progreso humano el impulso que necesitara para llegar a la meta.

En cuanto a la Revolución Francesa, es indudable que ha sido el hecho más culminante que registra la historia de todos los tiempos; pero su programa fue incompleto. Mejor dicho: su obra quedó por terminar, pues la acción se redujo a romper los viejos moldes que tenían estancados a los pueblos y a fundar los principios de la civilización moderna, encarrilando a la humanidad por derroteros hasta entonces desconocidos.

Y esto no bastaba.

Hace un siglo, en la capital del mundo civilizado, fueron proclamados los derechos del hombre, y todavía no se ha extinguido el ruido de cadenas.

El bellocino de oro reemplazó a los títulos nobiliarios, y los eternamente sometidos se llaman ciudadanos, en vez de siervos.

En realidad, la diferencia más importante está en las palabras.

Y es que el mal no fué atacado de raíz.

Abolieron los privilegios de sangre; pero no los de clase.

Establecieron la igualdad ante la ley, pero dejaron en pie la injusticia económica.

Predicaron la fraternidad, y defendieron el odioso derecho de la propiedad privada: la situación del esclavo no mejoró mayormente al convertirse en paria.

La única ventaja, verdaderamente tangible, fué el poder discurrir en alta voz.

Pero pecaríamos de injustos, si no reconocieramos que esta sola conquista, vale casi tanto como cualquiera de las demás, y hasta como todas las otras juntas.

Porque con la libertad de pensamiento, se pueden convertir en hermosas realidades todas las deliciosas autopías de los que sueñan con una humanidad perfecta.

Y es indiscutible que nuestra Revolución, es el fruto del precioso legado que nos hiciera la gloriosa Revolución Francesa.

Por eso creemos estar en lo cierto al afirmar que esta Revolución repercutirá en todo el Universo, porque es la misma que se inició en el año 1789, que ha estado en gestación durante más de un siglo, y termina al fin después de rematar su obra.

Para que esto sea, sólo se necesita que todos sepamos estar a la altura de las circunstancias.

JUAN TUDÓ.

## Las ideas en el teatro

El estreno de *Mariucha* en «El Mexicano» fué un exitazo ruidoso.

Y en verdad que la obra es de las que hacen época en los anales del teatro.

De cinco actos consta la magistral producción dramática y, desde el principio hasta el final, no hay escena que no encierre una enseñanza ni frase de la que no brote una idea.

En el primer acto vemos al capitalista arruinado, parásito incapaz de subvenir a sus propias necesidades, recurrir a todos los medios, a cual más humillantes, antes que decidirse a ganarse el sustento con su propio esfuerzo.

En los actos segundo y tercero, nos presenta el maestro el ejemplo de lo que puede realizar una voluntad de hierro, al servicio de un corazón noble y joven, en el cual los vicios que corroen la que se llama alta sociedad no han podido hacer mella.

Dora Vila supo identificarse admirablemente con el sugestivo papel de la protagonista, contribuyendo a ello sin duda el hecho de estar encarnando en *Mariucha* episodios de su propia vida. A esto y a su delicado temperamento artístico debe atribuirse la intensa emoción que en las escenas más culminantes supo comunicar al público.

Es en los actos cuarto y quinto donde el autor de *Electra* se nos presenta, como siempre, un sociólogo profundo y atrevido, arremetiendo contra todos los convencionalismos y contra todas las injusticias sociales.

A muchos les causó extrañeza que el autor del famoso drama anticlerical, encarnara esta vez en un cura las más enaltecedoras cualidades; pero es que el maestro quiso demostrarnos, sin duda, que a pesar de todas las consignas, los hombres de buen temple obran siempre según su recto criterio, sin que baste

a impedírsele la coacción de los que con su autoridad arbitraria hacen de sus caprichos ley.

Porque este hombre que viste sotana y se rió de la amenaza del obispo, fustiga a los malhechores legales y desafía las iras de los poderosos, no es un clérigo, sino un socialista intuitivo que por equivocación se hizo cura.

Y en esta obra nos demuestra también el maestro que no es sólo el clericalismo la causa de tanta iniquidad, sino toda la organización social, a la cual ataca él en todas sus obras.

*Mariucha* es una de las mejores producciones de Pérez Galdós, y sería de desear que ningún compañero dejara de aprovechar las bellas enseñanzas que encierra.

ABD-EL-KADER.